

## CHINA EN EL PUNTO DE MIRA LA PROPAGACIÓN DE LA PORCELANA AZUL Y BLANCA

Los textos fueron importantes para el descubrimiento europeo de China, pero los primeros indicios de China no fueron solo textuales.

Durante milenios, en Europa habían ido llegando objetos chinos. Primero fue la seda, prominente ya en el Imperio Romano y que le dieron su primer nombre en el oeste: Serica, país de la seda. Durante la edad media estas sedas vistieron a las autoridades, tanto en la Europa cristiana como en el Islam. Cuando las invasiones mongolas crearon lazos sin precedentes a lo largo de Eurasia, sus telas tenían hilos de oro, lo que llamaban "tela de oro", o nasij, adornaban las ropas ceremoniales de toda Eurasia, acompañados por las líneas de la escritura phags'pa que los emperadores mongoles chinos estaban introduciendo en China.

Ya hemos visto en las pinturas del s. XIV en las sedas de los sombreros de los soldados en la Crucifixión de Giotto y en la Madonna y el niño de Filippo di Memmo. Los pintores renacentistas italianos, tan inquisitivos, no solo incluían seda en sus pinturas: a veces, como en el Martirio de los Franciscanos que pintó Ambrogio Lorenzetti, se podían vislumbrar algunos rostros y sombreros mongoles auténticos. La porcelana blanca y azul china hizo lo mismo y se esparció tanto que se le ha considerado el primer producto mundial.

El uso del cobalto azul persa que se usaba como fondo decorativo, dio a las porcelanas blanquiazules de la dinastía Ming una calidad inigualable y las hizo productos del más alto lujo.

Para mediados del s. XIV, ya estaban por todo el océano Índico y, para finales de siglo, las porcelanas blanquiazules cruzaban de forma regular Asia Central y las usaban en las magníficas cortes de Persia. Los musulmanes supieron mucho antes de este producto chino que los europeos. El contacto directo entre los europeos y chinos empezó al principio del s. XV, cuando González de Clavijo fue a la corte de Tamerlán en Samarcanda como embajador del rey de Castilla. Fue testigo de la llegada de una caravana de 800 camellos que venía desde Catai y de los embajadores chinos a la corte de Tamerlán. Describió las ofrendas que trajeron como las más suntuosas que había visto nunca. Llegó a la conclusión que en Catai había los mejores artesanos de todo el mundo. Para entonces, las porcelanas

estaban a punto de alcanzar Europa, que ya había oído hablar de ellas por el libro de Marco Polo, que las describe con precisión.

En la primera década del s. XV, las expediciones de Zheng He las esparcieron a lo largo de las costas del océano Índico. Muchas de estas cerámicas acabaron a las costas del este de África: el hecho de que las incrustaran en las tumbas de los caciques Wassili evidencia la gran importancia ritual que alcanzaron en este lugar. Cuando, después de las expediciones de Zheng He, las flotas chinas abandonaron para siempre el océano Índico, el imperio otomano empezó a extenderse hacia ahí a través del Golfo Pérsico y el Mar Rojo.

Y así fue como una cantidad ingente de cerámica china empezó a llegar al palacio Topkapi en Istanbul, que actualmente tiene más de 10.000, a menudo adaptadas a la estética turca, con aguamaniles chinos y con un tapón plateado. Una de las razones para este gran flujo de porcelanas en el s. XV fue la extraordinaria producción de porcelanas en la China: en solo un año, 1433, los hornos de Jingdezhen recibieron una comanda imperial de casi 50.000 piezas de porcelana. Los regalos más exquisitos en el oeste pasaron a incluir algunas de estas piezas. Ya en 1461 el sultán de Egipto ofreció una pequeña cantidad al dogo veneciano y más llegaron a Venecia como presentes del sultán mameluco a finales del siglo.

En 1487 Lorenzo da Medici ya empezaba a adquirir sus primeras porcelanas blanquiazules y Vasco de Gama volvió de India en 1499 con una porcelana china que había conseguido como presente para el rey. Con la llegada del nuevo siglo, pero incluso antes de que los portugueses enviaran sus barcos a China, las porcelanas ming blanquiazules ya salían en los cuadros renacentistas. Su importancia hizo que aparecieran en los cuadros. La primera vez fue en Adoración a los Reyes Magos que pintó Andrea Mantegna en 1500. El cuadro resalta las ofrendas que los reyes magos traen al Mesías. Al centro se ve la ofrenda del barbudo y calvo rey Gaspar, un exquisito cáliz de porcelana blanquiazul, igual depreciado que los frascos de oro y ámbar que ofrecen los otros dos reyes. El jarrón de Mantegna está en armonía con la gran variedad de vajillas que aparecían como pequeños cuencos en los banquetes chinos desde la era Song. Pero los mongoles introdujeron costumbres culinarias, centrados en grandes banquetes, en los que eran mejores las grandes vasijas, que acabaron llegando a Europa.

En 1514, una serie de grandes porcelanas ming aparecían en el festín de los dioses de Giovanni Bellini. Justo en el medio del cuadro un par de grandes vasijas ming se están usando para servir a los dioses, mientras que otra está en el suelo. La llegada de los portugueses a China en 1524 provocó que la porcelana china se importara a Lisboa de inmediato. Durante casi medio siglo, los portugueses traficaron, se unieron a los piratas y comerciaron, según era oportuno.

Pero mucho antes de que se asentaran en Macao, los portugueses ya eran los intermediarios y clientes habituales de la seda y porcelana china y se implicaron

mucho en el diseño y la producción de los artesanos chinos que proveían al mercado portugués. Se hace evidente, por ejemplo, en este jarrón de porcelana, uno de los seis que se hicieron para un capitán portugués en 1552. Posteriormente, la cantidad de porcelana que llega a Lisboa cubrirá completamente, con 261 piezas de vasija, el techo del palacio Dos Santos. Para finales del s. XIV, la porcelana blanquiazul china se había vuelto un artículo común en las cortes europeas: Felipe II, que desde 1581 también fue rey de Portugal, poseía 3.000 piezas, algunas diseñadas solo para él, con el blasón de Castilla y León.

La pieza de porcelana china más antigua en el mercado español la encargaron los augustinos en 1575 y contienen su emblemática águila bicéfala. Las vasijas con blasones, a veces pintados del revés, iban junto las que estaban decoradas con escenas y anagramas religiosos de la mayoría de órdenes religiosas, augustinos, dominicanos o jesuitas, o con oraciones devotas como este Ave María.